

# LA IDEA DE ÁVILA EN JORGE SANTAYANA

GARCÍA MARTÍN, Pedro

Es evidente, para cualquiera que se aproxime a la biografía y a la obra de Jorge Santayana, que éste es hombre de contrastes, de ambivalencias, a veces de contradicciones y ambigüedades también, pero primordialmente de síntesis y de esencias.

Síntesis esencial, en primer lugar, entre dos mundos, el mundo antiguo de Europa y de su Ávila por un lado y el moderno de los EEUU de América por el otro; síntesis filosófica entre Idealismo y Materialismo; síntesis literaria entre la poesía y la filosofía; y yo me atrevería a decir síntesis religiosa entre lo divino y lo humano, tomados ambos términos en el sentido literario del pensamiento del propio Santayana.

En el aspecto geográfico-espacial la vida de Santayana es todo un ejemplo de esta dualidad entre lo local y lo internacional, entre la pertenencia y la independencia, entre la querencia y la libertad.

Conociendo y aceptando plenamente una particularidad indiscutible de Santayana: su cosmopolitismo, su condición de huesped del mundo, su internacionalismo, quisiera yo hoy aquí enfatizar, analizándola, la otra cara de la misma moneda: la condición de nativo, de natural de un lugar, la profundidad con que Santayana entiende la pertenencia al «topos».

La siguiente cita, extraída de «Apología Pro Mente Sua» puede servirnos de punto de partida, como podrían servirnos infinidad de párrafos confesionales de otros textos del autor. Éste me parece particularmente relevante para lo que me propongo subrayar aquí y dice así:

«En cuanto a la España de mis orígenes, jamás me ha pasado por la mente la idea de renunciar a mi lealtad a ella; eso hubiera sido como intentar cambiar de padres; y España es un gran país para la imaginación

con una gran potestad sobre el espíritu. Desde 1883 hasta 1930 fue para mí lugar constante de peregrinación. En Ávila, primeramente en casa de mi padre y luego en la de mi hermana, durante todos esos años pude vivir como en mi propio hogar; y no hubiera sido desde luego mal lugar al que retirarme del mundo; pero la sociedad española y la vida pública no me atraían en absoluto, eran un verdadero obstáculo. No es que yo fuera demasiado extranjero, sino que España no era suficientemente española.»<sup>1</sup>.

A veces he estado tentado de titular este artículo: «La Idea de España en Jorge Santayana» pero al final siempre he acabado desecharlo el título. Más allá de todo el significado de Ávila y lo abulense, lo español es relativamente poco significativo. En España Santayana es un turista más o menos afortunado, más o menos entusiasta, en cualquier caso, eventual. En Ávila es, sin embargo, nativo querencioso –o «querencial» si se me permite inventarme esta palabra–, un nativo voluntario que hace de esta circunstancia una condición trascendental e irrenunciable en su vida y, lo que más nos importa resaltar aquí, en su obra de pensamiento literario. Así que, aunque los términos Ávila y España sean en la mayor parte de los casos sinónimos en el discurso de Santayana me parece más ajustado asimilar el mayor al menor y no al revés. Espero no pecar con ello de localista en mi condición de abulense.

La relación que Santayana mantuvo con Ávila no sólo fue una relación filial como nos dice en el párrafo mencionado anteriormente. Ávila constituyó todo un sustrato fundamental para su personalidad, para su imaginación y para su espíritu. Fue un sustrato emocional, un lugar de afectos, una escuela moral y finalmente una musa literaria. Entre otras cosas porque las emociones, los afectos, los hábitos morales y el entrenamiento lingüístico comienzan a cobrar entidad precisamente a la edad en que Santayana crecía entre las piedras y las gentes de Ávila.

A la postre Santayana va a establecer una clara diferencia entre las piedras, ya sean naturales o representativas de la tradición cultural, y las gentes; es decir, entre el patrimonio natural y cultural y la sociedad del momento. Ávila cuadraba perfectamente con su lugar ideal de residencia y reposo, pero la realidad social era un serio obstáculo. No es que él fuera demasiado extranjero, es que, como dice «Spain was not Spanish enough» (España no era suficientemente española). Donde dice España pongamos Ávila y nos encontraremos en el núcleo de nuestro análisis: la idea que de Ávila se formó Jorge Santayana y que aparece en sus escritos.

Ávila surgió por casualidad en la vida de Santayana. Podía haber sido

---

<sup>1</sup> SCHILPP, Paul Arthur (ed.) *The Philosophy of George Santayana* p. 602-603.

cualquier otro lugar y el pensador literario hubiera recreado igualmente, hubiera idealizado la realidad de manera similar; aunque, por supuesto el elemento simbólico del que se nutre la imaginación y en último término, el conocimiento, hubiera sido otro. Pero para Santayana

«La nacionalidad y la religión son como nuestro amor y fidelidad a las mujeres: cosas demasiado radicalmente entremezcladas con nuestra esencia moral para cambiarlas con honorabilidad y demasiado fortuitas para que a un espíritu libre le merezca la pena cambiarlas.»<sup>2</sup>.

Lo cual nos lleva a pensar que no fue Ávila por capacidad o cualidad intrínseca la que hizo Santayana, sino Santayana el que utilizó lo que le había sido dado para recrear, para inventar, para expresar su literatura utilizando símbolos elaborados con lo propio, con lo que le era familiar; interpretando, como él dice, «sympathetically», es decir, amablemente e imaginativamente el mejor rostro de esos elementos afectivamente próximos<sup>3</sup>.

La afinidad y familiaridad con Ávila y con lo abulense que fue real y directa durante su infancia sufrió una transformación al ser trasladado a los Estados Unidos y residir allí ininterrumpidamente durante once años, entre los nueve y los veinte de su edad. Aunque durante ese período continuó recibiendo estímulos desde Ávila, fundamentalmente a través de las cartas de su padre, la realidad hispano-abulense dejó de ser algo palpable para convertirse en algo poético donde la emoción reinaba por encima de la sensación y del análisis contrastado. De manera que, cuando volvió por primera vez en 1883 nos dice:

«Me sentía como un extranjero en España, mucho más que en América, aunque por razones más triviales: mis modales yanquis resultaban allí extravagantes y no podía justificarme con el idioma.»<sup>4</sup>.

Los modales y el idioma; lo formal, es decir, la educación era americana, pero el sustrato que nutría su imaginación seguía siendo hispano. Y todos los que nos hemos acercado a los escritos de Santayana somos conscientes de la importancia de las imágenes y de la imaginación en un pensador que, por otro lado, se pasó la vida recalculo la ineludibilidad de partir de la realidad material. Con frecuencia reconoce y confiesa que sus libros describen el mundo de la imaginación —«but my books being descriptive of the imagination» dice en su libro de *Soliloquios*<sup>5</sup>— y no el mundo de la realidad que sólo será cognoscible de manera simbólica. Recordemos su famosa frase: «Knowledge is faith mediated by symbols».

<sup>2</sup> *Soliloquies* p. 4.

<sup>3</sup> Ver *Soliloquies* p. 254 sobre la religión y la poesía que le son familiares.

<sup>4</sup> SCHILPP, Paul Arthur (ed.) *The Philosophy of George Santayana* p. 6.

<sup>5</sup> *Soliloquies* p. 251.

El conocimiento es fe que ha utilizado los símbolos como mediadores a partir de la realidad natural, o mejor, material.

Así que, de la realidad a la imagen, de la imagen a la idea y a la proposición. Este es el itinerario que sigue el conocimiento simbólico propio de Santayana, aunque obviamente no exclusivo de él. Este es el concepto de simbolismo en sentido concreto aceptado ya desde la época del Romanticismo para distinguirlo del Simbolismo en sentido abstracto o alegoría, que iba justamente en dirección contraria: partía de la idea para buscar después una imagen concreta con que representarla.

Ávila, entiendo yo, comienza a ser para Santayana una imagen poética a partir de su extrañamiento de la ciudad y de su realidad social, un símbolo poético que, en descripción de Northrop Frye no es otra cosa que «un elemento intermedio entre la realidad y la idea, entre el ejemplo y el precepto, entre el ritual y el sueño»<sup>6</sup>. La mente humana juega con estos símbolos, los manipula, cosa que no puede hacer con la realidad misma, con las cosas que, en último término no son comprensibles plena y directamente. Santayana lo expresa con una metáfora que parece inspirada en Ávila:

«Los símbolos nunca penetrarán en la ciudadela (recinto amurallado) y su núcleo interior, si alguna vez ha de abrirse, cosa que puede perfectamente suceder, ha de ser a través de la imaginación comprensiva.»<sup>7</sup>.

Los símbolos no nos abren las puertas de la realidad amurallada, pero nos permiten interpretarla mediante la imaginación comprensiva, es decir, mediante la contemplación positiva y libre de prejuicios que busque lo asimilable, lo asumible, lo mejor desde un punto de vista moral y estético; la posibilidad de perfección que seguramente hubiera existido si –como dice él– la obstinada realidad material se lo hubiera permitido. Uno, a partir de aquí, entiende muy bien las palabras de esa famosa confesión de Santayana cuando dice:

«Evidentemente prefiero la contemplación a la acción y las esencias a las cosas o la gente.»<sup>8</sup>.

Entre el ser y la posibilidad de perfección del ser está el espacio que media entre Ávila y la idea de Ávila en el pensamiento literario de Jorge Santayana.

En sus escritos apreciamos la intención de búsqueda de lo bueno y lo ideal en el mundo que es característica de la filosofía moral, «which is my chosen subject» (que es mi tema elegido)<sup>9</sup> según dejó escrito. Una

<sup>6</sup> FRYE Northrop *Anatomy of Criticism* p. 243.

<sup>7</sup> Cita extraída de ARNETT, Willard E. *Santayana and the Sense of Beauty* pag. 77.

<sup>8</sup> SCHILPP, P.A. Obra citada pag. 584.

<sup>9</sup> *Soliloquies* p. 257.

bondad e idealidad relativas, no dogmáticas, no impositivas. Recordemos que para Santayana la relatividad moral, aprendida de Spinoza, según confiesa, había sido siempre el principio fundamental de su ética<sup>10</sup>. No existe una única forma de entender lo bueno y lo ideal que deba ser inculcada o impuesta a otros hombres. Lo único que es digno de propaganda, decía él<sup>11</sup>, es la Armonía, un principio estético, «the principle of Health, of Justice and of Happiness» (El principio de la salud, de la Justicia y de la Felicidad)<sup>12</sup>. En último término, lo bueno y lo ideal es lo que conduce o acerca a la felicidad, es la felicidad misma. La felicidad de cada ser cuando desarrolla su propia inclinación, su propia querencia, su propia inspiración.

Por tanto, al hablar –escribir en este caso– de la idea de Ávila, nos va a hablar de la bondad de Ávila, de su ideal de Ávila; no de lo que Ávila es o era, ni de lo que Ávila deba o debiera ser, sino de lo que Ávila significó para él, de su *interpretación* de Ávila, una interpretación que «para los hombres vivos, cuyos pasos deben ir hacia adelante mientras sus ojos ven hacia atrás, él (al igual que su alabado Hermes en el último Soliloquio) interpreta el pasado para el futuro, para su guía y ornato.»<sup>13</sup>.

La Idea de Ávila es una verdadera guía espiritual de Ávila, una guía que no es un catecismo o manual de preceptos, sino una descripción ordenada y comentada de posibilidades y sugerencias abiertas al análisis y disfrute del usuario.

Esta Idea de Ávila según Santayana podemos estructurarla en tres estadios o apartados que siguen una línea ascendente de idealidad:

1. Ávila como punto ideal de partida.
2. Ávila como lugar ideal de contemplación del mundo.
3. Ávila como lugar ideal de destino final en esta vida.

## 1. ÁVILA COMO PUNTO IDEAL DE PARTIDA

Ávila es ante todo y en primer lugar para Santayana el símbolo de la procedencia y, consiguientemente, de la pertenencia. Es un lugar de origen, de salida. Es el punto de partida ineludible e indispensable, la negación de la nada como principio. Es, desde luego, el lugar geográfico, pero también el sustrato integral –familiar, social e histórico– que constituye el patrimonio con el que se parte en esta vida. De cero no se parte nunca.

<sup>10</sup> SCHILPP, P.A. Obra citada p. 559.

<sup>11</sup> *Soliloquies* p. 258.

<sup>12</sup> SCHILPP, P.A. Obra citada p. 20.

<sup>13</sup> *Soliloquies* p. 264.

Sorprende bastante que Santayana, hombre cosmopolita, culto, independiente, viajero, conocedor del mundo y morador de los ambientes más selectos –cultural e incluso socialmente hablando–, admirador de la mejor cultura aristocrática, abierto, tolerante y profunda y sabiamente escéptico, se pase toda su vida, sin embargo, subrayando su origen hispano, su inalienable filiación y vinculación abulenses, su pertenencia esencial a un mundo limitado, arcaico, recluído, triste, primitivo, endémicamente convencional y apartado de la modernidad en la que él había recibido su privilegiada educación.

Santayana no es, como a veces se ha sugerido, un simple viajero romántico de los que visitaron España durante el siglo pasado y buena parte de éste. Es efectivamente un romántico en esa condición de observador y cronista literario de algunos aspectos más o menos folclóricos de su tierra de origen, pero se diferencia precisamente de esos escritores en que él es oriundo del mundo que describe y participa esencialmente –es decir, temperamentalmente– de muchas de las peculiaridades de ese mundo. Sus conclusiones respecto al lugar y a su tradición cultural cobran, por tanto, trascendentalidad porque son propias de alguien que conoce la realidad desde dentro y desde fuera, que participa de ambas experiencias sin sufrir sus limitaciones.

Resulta curioso para cualquier conocedor de la vida y la obra de Santayana comprobar cómo Ávila y lo abulense aparecen, en este sentido de ámbito de procedencia y pertenencia, como elementos excepcionales en la concepción general que el filósofo tiene del mundo y de las cosas. Ávila es, en lo fundamental, la única atadura del maestro del desasimiento que persiste incluso en los momentos difíciles:

«Yo me preguntaba por qué había de ir allí si no era para disfrutar completamente. Pero hay lazos afectivos con personas y lugares que se mantienen incluso cuando nos hacen sufrir.»<sup>14</sup>

Ávila es la casa, el hogar familiar de alguien que consideró al mundo su anfitrión, que se consideró ciudadano del mundo. Ávila fue de alguna manera, o de muchas maneras, la pasión innata de un desapasionado:

«Me proporcionó un lugar particularmente estable y característico. Porque el espíritu más independiente debe tener un lugar de origen de nacimiento, un “locus standi” desde donde contemplar el mundo y una pasión innata a través de la que juzgarlo.»<sup>15</sup>

Sabido es que Ávila no fue su «birthplace» real, puesto que el nacimiento tuvo lugar en la Calle Ancha de San Bernardo, en Madrid. Sólo en la imaginación de Santayana Ávila adquiere esa condición de «birthplace» ideal.

---

<sup>14</sup> *Persons and Places* Critical Edition p. 334.

<sup>15</sup> *Persons and Places* Critical Edition p. 97-98.

Resaltando precisamente esta idea de excepcionalidad de Ávila y lo español, cuenta Bertrand Russell que «En todo aquello en que estaba interesado su patriotismo español, desaparecía su usual apariencia de imparcialidad.»<sup>16</sup> Russell es sarcástico y está de alguna forma, al utilizar el término «apariencia», queriendo insinuar que Santayana era hipócrita. Sin embargo yo creo que la propia filosofía de Santayana aclara perfectamente esta aparente contradicción. Escepticismo es la profesión, Fe Animal, la vocación temperamental. No hay nada peyorativo en su conjunción. Ambas pueden y deben coexistir. Santayana apela a la dualidad del ser humano, a su condición de hombre y a su potencialidad espiritual:

«El espíritu puro que llevamos dentro puede perfectamente cultivar sentimientos universales; pues no tiene por qué tener rencor contra nada y se mostrará compasivo también con nuestros componentes naturales accidentales y con nuestro mundo familiar; pero el hombre debe permanecer fiel a si mismo y a su tradición, o se convertirá moralmente en eunuco y aborrecedor encubierto de toda la humanidad.»<sup>17</sup>

Ávila representa y simboliza por tanto esa tradición a la que Santayana mostró siempre su lealtad. El Santayana parcialmente apasionado y tradicional, lo es con una conciencia preclara y manifiesta, en ningún caso inconsciente:

«El alma humana plenamente desarrollada debiera respetar todas las tradiciones y comprender todas las pasiones; al mismo tiempo debiera poseer y encarnar una cultura particular, sin ningún tipo de relajación cobarde o mística neutralidad. Una cosa es la justicia y otra cosa, bien poco convincente, la indecisión. Si permitimos a todos los hombres vivir de acuerdo a sus legítimas naturalezas, debemos afirmar nuestra propia y legítima naturaleza y vivir de acuerdo con ella.»<sup>18</sup>

Sin esta filiación, sin este entronque tradicional, sin este punto de apoyo en el mundo, el hombre se encuentra indefinido, indiferenciado. Necesita unas señas de identidad, de individualizaciones, caracterizadoras:

«El viajero deberá ser alguien y proceder de algún sitio, para que su carácter concreto y sus tradiciones morales puedan servir de órgano y elemento de comparación a sus observaciones.»<sup>19</sup>

Ávila ocupa en la simbología de Santayana el lugar de la Materia en la simbología de su «sistema» filosófico. Santayana se autodenomina

<sup>16</sup> RUSSEL Bertrand *Retratos de Memoria y Otros Ensayos* Alianza p. 94.

<sup>17</sup> *Persons and Places Critical Edition* p. 449.

<sup>18</sup> *Persons and Places Critical Edition* p. 464.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 449.

siempre abulense o español en el mundo de una manera similar a como se autodenomina siempre materialista en filosofía. Un materialista sosegado, es decir, alguien que asume plenamente, sin escandalizarse por sus imperfecciones, la realidad primigenia, aunque sólo pueda apreciar de ella su apariencia, y sobre ello construye su pensamiento filosófico. Abulense tranquilo que asume conscientemente la realidad natural de Ávila y se apoya en ella simbólicamente, como referencia ideal, para su aventura viajera por el mundo.

## 2. ÁVILA COMO LUGAR IDEAL DE CONTEMPLACIÓN DEL MUNDO

Ávila es, en segundo término ideal para Santayana, un lugar privilegiado para observar el mundo, para la contemplación y la meditación. Es decir, un lugar espiritual.

Físicamente Ávila es un promontorio, un lugar prominente que se levanta sobre lo que está a su inmediación, una atalaya natural protegida con vistas a amplias panorámicas abiertas e iluminadas casi siempre por una luz incomparable incontaminada y transparente que puede disfrutarse desde múltiples balconadas naturales que la circundan y, sobre todo, a lo largo de su ladera meridional, en una línea que va de oeste a este, comienza junto a la muralla en lo que se conoce como el Paseo del El Rastro, continúa por el Jardín y Paseo de San Roque y va a dar al terraplén de la vía del ferrocarril en dirección a Madrid.

Todos estos fueron lugares preferentes de paseo y solaz para Santayana, en cuya obra maestra autobiográfica se encuentran bellísimos pasajes que corroboran esta privilegiada cualidad panorámica de Ávila, desde aquel magnífico cuadro natural enmarcado que apreciaba en el patrio trasero de la casa de su padre en la Plaza de Santa Ana y que nos describe así:

«La tapia trasera, de piedras enteras y argamasa, coincidía con un acueducto privado perteneciente a otro convento cercano, generalmente conocido como "Las Gordillas"; y entre el coronamiento de nuestra tapia y uno de los amplios arcos del acueducto quedaba un espacio semicircular, exactamente igual a los que ocupan los frescos de Rafael en Las Estancias del Vaticano; sólo que en vez de La Escuela de Atenas o La Disputa del Sacramento, la naturaleza había pintado aquí un cuadro del Valle de Amblés, al que Ávila debe su existencia, con la sierra purpúrea detrás: un cuadro que el paseante puede apreciar desde cualquier alrededor de Ávila, pero que aparece aquí concentrado y encuadrado en su marco de piedra formando una composición perfecta e impresionante.»<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> Ibid., p. 25-26.

hasta cualquiera de los numerosos puntos de mira panorámicos de Ávila como El Paseo de El Rastro:

«Desde el Paseo de El Rastro o desde la casa de mi cuñado sobre la cresta de la misma pendiente meridional, la vista domina por consiguiente el aspecto más agradable y humano del campo.»<sup>21</sup>.

o El Paseo de San Roque:

«Un quebrado terraplén junto a un muro conventual, con extensas vistas.»<sup>22</sup>.

o el terraplén del ferrocarril Ávila-Madrid:

«Al final descubrí algo inesperado: que la senda junto a la vía del ferrocarril era un paseo excelente. No había trenes en ningún sentido a la hora que yo salía; y las pendientes rocosas de un lado y los barrancos descendentes del otro le daban a uno la sensación de estar en las montañas, como de hecho sucedía.»<sup>23</sup>.

Ávila, creo yo, es el punto central de sugestión sobre toda una concepción ideológica que caracteriza a Santayana, así como de su método o manera de observar e interpretar el mundo. Santayana parte de la realidad primigenia asentada sólidamente sobre la materia, lo corpóreo, para asomarse a lo etéreo, a lo abstracto, a la inmensa apertura del mundo del espíritu. Para ello Ávila es el símbolo. Siguiendo la cita anterior sobre el panorama desde la vía del ferrocarril, dice:

«Ávila, aunque mantiene vida, se parece lo suficiente a un desierto como para simbolizar el desierto que es el mundo para el espíritu a pesar de la multitud y la actividad que alberga.»<sup>24</sup>.

Ávila es el símbolo. Podría decirse que en Ávila tocaba tierra y avistaba inmensidad. El lugar no era sólo un mirador natural, un balcón natural protegido, sino también una ermita almenada, una torre de meditación, una celdilla monacal con ventana abierta al campo, semiestéril en lo material, pero lleno de sugerencias, de espacio, de luz, de espiritualidad. Lugar privilegiado y simbólico de contemplación y meditación en ambiente sosegado. ¿Qué es, pues, toda la literatura filosófica de Santayana sino un intento de describir e interpretar el mundo desde una perspectiva elevada que permita, sin salir de la propia realidad, disfrutar con los ojos y con la imaginación la variedad panorámica sin que las pulsiones se alteren con ascensos o descensos bruscos, sin altibajos emocionales, desde una posición absolutamente relajada y sólida?

<sup>21</sup> Ibid., p. 105.

<sup>22</sup> Ibid., p. 202.

<sup>23</sup> Ibid., p. 333.

<sup>24</sup> Ibid., p. 333.

«Detachment» es un término generalmente atribuido a Santayana. Desasimiento, distanciamiento de la realidad, pero sin huir de ella. Asentado como Ávila en el esqueleto mismo de la tierra, según sus propias palabras –«it reveals eloquently the stony skeleton of the earth»<sup>25</sup>– protegido por una tradición o ciudadela cultural propia, disfrutar de las frecuentes oportunidades de asomarse libremente a las puertas de dicha fortaleza para observar «the fundamental realities which are still in evidence.» (las realidades fundamentales que aún son evidentes)<sup>26</sup>. ¿No es éste el concepto de Espíritu en Santayana; la capacidad que la materia tiene de observarse a sí misma, de interpretarse a sí misma, estableciendo, en el caso del ser humano que es quien tiene esa capacidad, un modelo de relación con la propia materia de la que en primer término está hecho? Este modelo es precisamente al que Santayana llama Vida Espiritual<sup>27</sup>.

Llegados a este punto, y dado que el título de estas líneas es *La Idea de Ávila y no la Idea de la Materia*, creo pertinente abrir un paréntesis antológico que nos ilustre de manera práctica sobre el modelo de relación espiritual que un Jorge Santayana substancialmente abulense establece con la realidad material de su sustrato, un modelo que puede seguirse perfectamente a través de los escritos más representativos que cronológicamente van dando cuenta literaria de la idea que Santayana se va formando de Ávila. Una idea que va evolucionando, sufriendo transformaciones a lo largo del tiempo, superando contradicciones desde una primera experiencia infantil en la que se basó y de la que quedarían vividos recuerdos, pasando después por una recreación poética más o menos platonizante, una comprobación posterior desoladora y, finalmente, una síntesis comprensiva, superadora y definitiva, descrita al final de sus días en *Persons and Places*.

Los primeros elementos abulenses que aparecen como símbolos poéticos se aprecian ya con cierta profusión en los poemas de juventud. Palabras como «battlements (almenas), «wall» (muralla), «hills» (cerros), «towers» (torres), «mountain pathway» (caminos de montaña), «hillside ribbed with furrows» (ladera peinada de surcos), «ploughman» (labrador), «oxen» (bueyes), todas se refieren a imágenes sin duda alimentadas en y sobre Ávila, porque, como dice en una epístola poética a su amigo Ward Thoron en 1886, cuando sólo contaba 23 años:

«No puedo separarme de lo que aprecio  
Porque todo lo que aprecio está en mi mente

<sup>25</sup> Ibid., p. 104.

<sup>26</sup> Ibid., p. 100.

<sup>27</sup> Ver a este respecto el libro de Ignacio IZUZQUIZA George Santayana o la Ironía de la Materia Anthropos p. 131.

Mis imágenes (fantasías) son los campos y los cielos  
Que no cambiaré hasta que muera  
A menos que pierda el juicio  
O (lo que es casi lo mismo) me case...»<sup>28</sup>.

Las imágenes, sus fantasías, no iban a cambiar, desde luego. Lo que sí cambió fue la interpretación ideal de esas imágenes según evolucionaba su estado mental, su concepción de la vida y de las cosas

Como es sabido, entre los 25 años y los 30 Santayana experimentó un proceso crítico que él denomina «metanoia» y que nos describe fundamentalmente en el capítulo de su autobiografía titulado «A Change of Heart». En dicho proceso incurre, en primer lugar, la crisis purificadora de los 25-26 años que concluye con la superación definitiva del drama religioso de su juventud, aquél que acabó, según sus propias palabras a Henry Ward Abbot en carta del 6 de agosto de 1889, haciéndole más triste, pero más sabio («a sadder but a wiser man, on the new basis.»)<sup>29</sup>. Y después, otros sucesos impactantes como las muertes de su amigo Warwick Potter, la de su propio padre y, finalmente, el matrimonio de su hermana con un abulense, hecho que él interpretó como un acto de desesperación por parte de Susana.

Fue precisamente durante esos años críticos cuando debió escribirse el siguiente soneto que se publicó en 1894:

«Un muro, un muro para cercar los cielos  
Y protegerme de los desoladores cerros  
Dadme uno solo de los riachuelos de montaña  
Y en su voz oiré suficientemente al océano  
Ningún profano e insaciable mortal se aproxime  
Con el contagio de sus apasionados males  
El humo de la batalla llena todos los valles,  
Que la eterna luz me reciba aquí.  
Este lugar es sagrado para las almas más profundas  
Y para la devoción que no engañe ya  
En el núcleo más íntimo de la naturaleza no hay alboroto,  
Tampoco en este santuario; los cielos giran en paz  
En paz laten las lentas mareas de una a la otra orilla  
Y la antigua quietud se cierne de uno al otro polo.»<sup>30</sup>.

No importa si este poema se escribió dedicado a Ávila, al reducto de la casa de su padre, que es lo que parece más acertado dado que el verso titular del soneto fue en un principio «A wall, a wall round my garden rear» (Un muro, un muro rodeando mi patio trasero), o a cualquier otro

<sup>28</sup> CORY Daniel *The Letters of George Santayana* p. 3.

<sup>29</sup> Ibid., p. 35.

<sup>30</sup> Poems p. 17.

lugar de la realidad. Lo evidente es que la imagen de Ávila está en sus versos: Ávila, con la muralla protectora, es un lugar de refugio espiritual frente a los desoladores cerros; un lugar «saludable» que no quiere ver contaminado por el contacto de enfermedades profanas, un lugar para su deseo de eternidad, de iluminación espiritual, un lugar tranquilo para la devoción no ilusoria y sagrado en un sentido respetuoso y desmitificado en el que empieza Santayana a apreciar el tema religioso; un lugar asentado en el «núcleo más íntimo de la naturaleza», lejos del «mundanal ruido»; un santuario de paz y ancestral quietud.

Pasada la treintena y superados los acontecimientos que provocaron la «metanoia» anteriormente mencionada y que contribuyeron a clausurar la época de las ilusiones, Santayana inaugura un nuevo período de depuración racional en el que la vena poética parace remitir en favor de la prosa ensayística. El poema titulado «Ávila» de una colección publicada en 1901 bajo el título general de *A Hermit of Carmel and Other Poems* es mucho más prosaico que los sonetos del período anterior. Es un poema largo y presenta, sobre todo en su primera parte rasgos más realistas y menos idealizados. Es un poema mucho más descriptivo, tanto de lo exterior a que se refieren sus dos primeras estrofas:

«De nuevo están mis pies sobre el fragante páramo  
En medio de la purpúrea meseta de Castilla,  
Región de activa desolación y nobiliar pobreza,  
Tostada por el implacable ardor del clima.  
Amplio desierto donde una diadema de torres  
Sobre el Adaja ciñe una ciudad callada,  
Y encierra, ajena al tiempo burlón,  
Sus veinte templos en una corona de granito.»<sup>31</sup>

como de lo que la ciudad representa en el interior del poeta a que se refieren las estrofas tres y cuatro:

«En el cielo están los rayos de fervida luz  
Y en mi corazón los misterios de antaño.  
Aquí yacen los tristes trofeos de mi espíritu:  
Muertos que anteriormente cumplieron mi destino  
Como inmensas rocas primitivas que cubren este llano,  
Sus indecibles tristezas se me clavan en el pecho,  
Y al igual que este cielo ardiente, su pena cancelada  
Sonríe ante mi dolor y calma mi inquietud.»

Sin embargo, es mucho más etéreo y filosófico en la segunda parte, después de preguntarse en la estrofa ocho:

---

<sup>31</sup> Ibid., p. 101.

«¿Qué sino me ha arrojado a la corriente del tiempo  
Insensible a la alegría y codicioso del oro?  
¿Qué fuerza me obligó a tejer la pensativa rima,  
Cuando los amores son mezquinos, y la fe y el honor pasados?»

La añoranza de Ávila ya no es esperanzadora como en el soneto que citábamos anteriormente, sino mucho más sufrida y resignada. Ávila representa a este mundo, por el que hay que pasar, pero en el que no conviene detenerse, ni contagiarse mucho si se quiere ascender en la vida espiritual, en busca de lo eterno. Antes Ávila era el lugar al que pretendía preservar del contagio. Ahora es el lugar el que puede ser contagioso:

«No te detengas, peregrino, sino, con mirada interna,  
Pasa diariamente, reflexionando, ante sus prisiones,  
Y sobre el océano de su cháchara alza  
Tu voz saludando a tu estrella inmutable.»

El mundo es prisión para el espíritu y también ruina y desierto, como dice en la estrofa siguiente:

«En el exterior un tumulto y aquí una ruina.»

Y mientras tanto, para sobrellevar la vida cotidiana, paciencia

—«Faith's wise sister» (La hermana sabia de la Fe)—

y amor para combinar lo necesario con los pensamientos elevados y disfrutar de una relativa y siempre fugaz alegría. Las cosas sencillas tienen su gloria y

«Brighten(s) the galaxy of sister stones» (e iluminan la galaxia de piedras fraternales).

Aunque aparentemente antitético frente al sentimiento esperanzador del soneto anterior, no se trata en realidad más que de una variación sobre el mismo tema, que diría él. Ávila, que era un lugar maravilloso e incontaminado en su recreación poética de juventud en medio de un mundo hostil, es ahora lo que es; un rostro sin velo en el que junto a sus indiscutibles atractivos físicos, pueden apreciarse granos, rugosidades y hasta cierto hedor halitoso si uno se aproxima demasiado. Santayana, como todos sabemos, no fue particularmente aficionado a aproximarse demasiado a la realidad, pero tampoco aceptó nunca el engaño del velo por muy estética que fuera su factura y él mismo se deleitara con ella y ensalzara en múltiples ocasiones. Bien es verdad que, como confiesa en *Dialogues in Limbo*

«Cuando en lo más recio de la pasión, cae de pronto el velo, nos deja desposeídos de todo lo que creíamos nuestro...»<sup>32</sup>.

<sup>32</sup> Diálogos en el Limbo Losada p. 31-32.

No obstante, el mensaje de Santayana jamás apunta a la claudicación, al rendimiento, a la desesperación, al suicidio en suma; su sugerencia nos anima siempre a buscar la conciliación, la síntesis, el pacto con la realidad, la aceptación inteligente de lo ineludible en una búsqueda inquebrantable de la armonía, la única vía de la felicidad.

En *Persons and Places*, su magna autobiografía literaria y obra maestra del último período de su vida, donde la Idea de Ávila cobra madurez y esplendor, sobre todo en el capítulo titulado «Ávila», esta ciudad sigue apareciendo como lugar

«demasiado antiguo, reducido, árido y abandonado.»<sup>33</sup>.

y en conjunto, nos dice,

«Frankly, Ávila was sad» (Francamente, Ávila era triste)<sup>34</sup>.

pero Santayana ha sabido sublimar esa realidad y transformarla en algo sugestivo para la imaginación y el espíritu. Es un paso más en el concepto literario del creador, es la síntesis ideal de un símbolo compuesto de elementos contradictorios que se unen de manera integral para completar una idea armónica.

Donde antes veía «prisión» ahora dirá:

«Ávila was a mountain-top and not a prison» Ávila era cumbre montañosa y no prisión<sup>35</sup>;

donde antes ni el mundo ni el desierto le proporcionaban un hogar y debía construirselo en la eternidad, ahora ese lugar desértico

«era demasiado antiguo, reducido, árido y abandonado para imponer sus limitaciones a un espíritu viajero; era una cumbre montañosa y no una prisión. Allí el espíritu se situaba, se estimulaba, se instruía; no quedaba refrenado.»<sup>36</sup>.

donde antes había una ruina ahora era un lugar «no degradado» que «prestaba realidad a la historia», es decir, donde podía leerse la historia; donde antes apreciaba realidad opresora, ahora describía como «oppidum in Agris» que es como decir un lugar de defensa frente al idealismo o espiritualismo excesivos que olvidan su esencial materialismo, según su conocida frase:

«Spirit must always be the spirit of somebody.» (El Espíritu debe ser el espíritu de alguien (de algún cuerpo)<sup>37</sup>.

<sup>33</sup> *Persons and Places* Critical Edition p. 98.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 109.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 98.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 98.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 98.

Alcanzado este punto o nivel de enaltecimiento del lugar, sólo le quedaba a Santayana un epílogo, un último apartado para redondear su ideal de Ávila. Había de convertirla en el lugar ideal de llegada, de reposo y de retiro, en la meta ideal de una vida que había intentado cultivar la aspiración a lo eterno sobre suelo natural elevado, con el único abono orgánico de la imaginación.

### 3. ÁVILA COMO LUGAR IDEAL DE DESTINO FINAL EN ESTA VIDA

La vida real de Santayana se desenvolvió, como todos sabemos, en una relativamente variada sucesión de lugares de residencia a ambos lados del Atlántico, desde su nacimiento en Madrid hasta su fallecimiento en Roma. Esta circunstancia lo convirtió en viajero frecuente. Sin embargo, estoy convencido de que sólo intelectualmente fue un viajero nato y feliz. A su capítulo «Travels» en *Persons and Places* me remito para esta convicción. Allí dice que su destino no le llevó más que a ser

«un excursionista y turista circunstancial (poco frecuente).»<sup>38</sup>

y que la venganza se al tomó en el intelecto.

Ya conocemos de dónde partió este viajero de la imaginación y lo que llevaba en su maleta:

«Antes de ponerse en camino, el viajero debe tener intereses y facultades determinadas que se sirvan del viaje.»<sup>39</sup>

ya conocemos que los intereses y las facultades de ese viajero eran claras e incondicionales, siempre referidos al medio cultural de sus orígenes:

«Si en lo material, estaba menos vinculado que nunca a mi sitio particular, en lo moral mi esfera natal había tomado definitivamente carta de naturaleza... Aunque hubiera viajado muy lejos, no habría existido peligro alguno de perder mis amarras: y lo extranjero sólo ha significado algo para mí cuando me ha sugerido analogías o contrastes con los que profundizar el sentido de mi mundo ancestral.»<sup>40</sup>

y ya empezamos a conocer su lugar de destino. A medida que su vida intelectual avanzaba, su dirección y su meta iban estando también más definidas:

«Mi viaje sólo tendría lugar sobre sendas trilladas, con calma, cómodo, solitario, dirigido hacia las fuentes de mi propio pasado.»<sup>41</sup>

<sup>38</sup> *Persons and Places* Critical Edition p. 447.

<sup>39</sup> Ibid., p. 449.

<sup>40</sup> Ibid., p. 449.

<sup>41</sup> Ibid., p. 451.

hasta que finalmente su órbita fue estrechándose

«Algo así como la bola en la mesa de juego gira en círculos cada vez más pequeños, cada vez más lentamente, vacila en el borde de una u otra órbita y por fin se deja caer pesadamente y se asienta cómodamente en su lugar de descanso predeterminado.»<sup>42</sup>.

Este lugar de descanso predeterminado resultó ser finalmente Roma, como bien sabemos, pues según se dice, allí podía

«viajar mentalmente a todas las edades y los países y disfrutar del divino privilegio de la ubicuidad sin moverme de mi centro de gravedad y equilibrio predestinado.»<sup>43</sup>.

Sin embargo, en la mente de Santayana, ese lugar predestinado, su centro de gravedad y equilibrio continuó siendo el que había sido a lo largo de toda su vida: Ávila. Aquel lugar del que nos decía, refiriéndose a su segunda visita en 1886:

«I came to Ávila with a sense of coming home, and with the intention of always returning there.» (Vine a Ávila con la sensación de volver a casa, y con la intención de volver siempre allí)<sup>44</sup>.

A él siempre le gustaba imaginarse un final muy similar al de su padre en Ávila y confiesa que la realidad no fue, en cierto modo, muy distinta.

También alrededor de 1890, cuando su hermana Susana salió del convento, Santayana había pensado en venirse a Ávila con ella si hubiera tenido medios económicos para ellos:

«Susana and I at that time, about 1890, could have joined forces and lived very happily together, by preference in Ávila» (Susana y yo en aquel momento, sobre 1890, podríamos haber unido fuerzas y haber vivido felizmente juntos preferiblemente en Ávila)<sup>45</sup>.

Con ello no hacía sino confirmar lo que dejara expresado en los primeros versos de su soneto XXXV publicado en la edición de 1896 de *Sonnets and Other Verses* que dicen:

«Hemos de separarnos en la tumba sin remedio  
Porque me gustaría morir entre los cerros de España  
Y sobre la pelada y melancólica meseta  
Esperar la llegada de la última tiniebla.»<sup>46</sup>.

Aunque al final las circunstancias se impusieron y acabó en la resi-

---

<sup>42</sup> Ibid., p. 467.

<sup>43</sup> Ibid., p. 467.

<sup>44</sup> Ibid., p. 321.

<sup>45</sup> Ibid., p. 92.

<sup>46</sup> Poems 1939 p. 39.

dencia de las monjitas del Celio en Roma, allí también se imaginó su Ávila final. Así se lo dice en la carta a su sobrino George Sturgis:

«Llevo ya tres días en este «Hospital de Reposo» y me siento como si hubiera sido milagrosamente transportado a Ávila. Esta cumbre del Celio es como la vieja Roma ruinosa y rústica de hace cien años, y la casa y las Hermanas, todas irlandesas, tienen la calidad de la buena gente provincial de España –los Sastre, por ejemplo.»<sup>47</sup>

En el pensamiento literario de Santayana, ese ideal punto último de llegada y reposo se llama FELICIDAD. Sólo es posible acceder a él, o al menos avistarlo, mediante la naturalidad, mediante el equilibrio armónico entre las fuerzas brutas de la realidad material y las materias elaboradas de la imaginación.

Ávila proporcionó a Santayana multitud de ejemplos prácticos para reflejar simbólicamente esta idea.

El recinto de Sonsoles, por ejemplo, era para él una síntesis entre lo imaginativo, espiritual y sacro que representaba el santuario y lo necesario en forma de fuente, árboles, hierba y establos con gallinas, perro, gato, uno o dos cerdos, burros y ovejas que decoraban significativamente sus alrededores. Los peregrinos venían a ver a la Virgen y a rezar, pero necesitaban comer.

La cripta de la Virgen de la Soterraña en la Iglesia de San Vicente de Ávila, donde Santayana leyó aquellos versos que transcribe en «*Interpretations of Poetry and Religion*» que dicen:

«Si a la Soterraña vas,	«Wouldst thou pass this lowly door?
Ve, que la Virgen te espera;	Go, and angels greet thee there;
que, por esta su escalera,	For by this their sacred stair
quien más vaya sube más.	To descend is still to soar.
Pon del silencio el compás	Bid a measured silence keep
a lo que vayas pensando,	What thy thoughts be telling o'er;
Vaja y subirás volando	Sink, to rise with wider sweep
al cielo de tu consuelo;	To the heaven of thy rest,
que para subir al cielo	For he climbs the heavens best
siempre se sube bajando»	Who would touch the deepest deep.» <sup>48</sup>

es otra lección para «subir bajando», para comprender que para elevarse hay que tocar fondo.

La misma patrona de Ávila, Santa Teresa, era para él otro ejemplo de esta simbiosis entre la sublimidad y la conciencia de lo concreto:

«Santa Teresa fue sumamente sensata; era considerada ante las cir-

<sup>47</sup> CORY Daniel *The Letters of George Santayana* p. 350.

<sup>48</sup> *Interpretations of Poetry and Religion* Critical Edition p. 18.

cunstancias, los casos particulares, la flaqueza humana y los caprichos del destino; era inconfundible mente moderna.»<sup>49</sup>

A través de esta cita que acabo de mencionar, Santayana nos sugiere y nos subraya la palabra que mejor sintetiza esta simbiosis conceptual entre el mundo de la realidad y el de la imaginación una palabra especialmente apreciada por Santayana: la palabra «sanity», la cordura, la sensatez. Cuando habla de Ávila esta palabra cobra su máximo valor y es justamente la que marca la línea divisoria entre la triste realidad abulense y la feliz idea de Santayana.

Abundando en este mismo tema, hay que referir aquella respuesta que Santayana dio al ser calificado de «místico» y, por parte del español Antonio Marichalar, de «místico castellano», algo que Santayana sólo aceptó precisamente por lo del término secundario, que corregía o curaba de alguna manera al principal, pues según él:

«La palabra "Castellano" seca el viento, despeja el bosque, deja desnudos igualmente a tierra y cielo, infinitamente distantes aunque separados por nada, tal y como debieron el alma y Dios permanecer siempre. El simple místico pudiera ser cualquier cosa, buena o mala; pero el místico Castellano está solemnemente comprometido con un resuelto realismo acerca del mundo y una lealtad incorrupta hacia el ideal. Es un Don Quijote cuerdo.»<sup>50</sup>

Un Don Quijote cuerdo es pues alguien que es capaz de vivir en el mundo sin horrorizarse y disfrutar de los productos de la imaginación –arte, poesía, religión– sin creérselos literalmente. Para ello ha sido preciso partir de un determinado «lugar de la Mancha», que en este caso fue de Castilla, y de cuyo nombre no tuvo nuestro Cervantes abulense ningún reparo en acordarse toda su vida, ver el mundo desde una determinada cabalgadura rocinantesca, pero elevada en cualquier caso, y tener la firme intención de llegar a una meta ideal que es o suele ser el mismo punto de partida, corregido o complementado en su condición natural por el bagaje cultural acumulado por el camino. El Quijote cuerdo es el que viene de vuelta.

Ávila en la terminología ideal de Santayana, es el espejo simbólico en que se refleja su concepto de cordura y sensatez, porque representa la síntesis entre lo material y lo espiritual. Es como él dice «urbs ruri» u «oppidum in agris», una eminencia defendible donde confluyen las dos corrientes que proporcionan caudal a la vida y a la historia de la ciudad.

Por un lado, lo necesario, el alimento físico que la mantiene y los vestidos que la cubren, que llegan a la ciudad cada viernes –a lomos de borri-

<sup>49</sup> *Persons and Places Critical Edition* p. 112.

<sup>50</sup> SCHILPP, Paul Arthur (ed.) *The Philosophy of George Santayana* p. 603-604.

co en la época de Santayana, en furgonetas y camiones hoy—; y por otro lado, el arte y la poesía que sustentan, animan y decoran el ámbito de lo religioso, que alcanza su apoteosis cada domingo y en determinadas fiestas como la del Corpus o la de la Santa que nos describe Santayana.

Ávila de los Viernes y Ávila de los Domingos, unidas ambas para evitar la insensatez y la locura, que serían propias de una vida anegada unilateralmente en uno de los dos mundos, en uno de los dos días. Tan poco sensato es el Sancho Panza puro como el Don Quijote puro. Lo sensato, según Santayana, es la combinación de ambos. Su idea de Ávila comprende esta simbiosis terapéutica.

«No había riesgo de que una ciudad tal se considerara autónoma, como un capitalista, o existente por derecho divino para gobernar e instruir al mundo.»<sup>51</sup>

dice refiriéndose al Ávila sustentada por los productos y las gentes del campo. No hay peligro de locura cuando las ideas parten y se fundamentan en lo material. Y a su vez, la idea complementaria, inspirada en la catedral de Ávila, la idea del Ávila religiosa, desmitificadora, inmunizadora frente al fanatismo o la beatería insanos:

«Aquí estaba la antigua religión sacerdotal, tan aceptable para la persona verdaderamente inteligente, como su lengua natural o sus gobiernos accidentales, no por ser milagrosamente adecuada ni perfecta, sino por estar profundamente arraigada en todas sus tradiciones, que son parte del suelo y la substancia de su única vida posible, que debe ser transmitida, con las inevitables variaciones, a la generación siguiente, si no se quiere dejarla totalmente desheredada y en la barbarie.

Yo no me sentía en absoluto desheredado, aunque jamás participé en aquellos ritos. Los respeto, me gustan, y me niego a utilizarlos con intención infame alguna. Celebran pasiones humanas inevitables y esperanzas dichosas, y no vierto lágrimas porque esas esperanzas y pasiones hayan pasado para mí. ¿Por qué envidiar las ilusiones? La sabiduría interior no es sólo más sosegada, sino más comprensiva y caritativa, porque toda pasión o esperanza viva ve enemigos odiosos en las otras pasiones o esperanzas, mientras que la sabiduría interior aprecia en ellas el bien al que aspiran. En la religión pura y en el arte estos bienes rivales pueden celebrarse sin contradicción ni deslealtad, pues, en último término, sólo el profano espera que el arte y la religión sirvan a sus pasiones particulares. Los que han pasado el «*pons asinorum*» de la vida interior saben que la función del arte y de la religión consiste precisamente en transfigurar esas pasiones particulares de forma que, lejos de ser ellas servidas, puedan servir todas a la religión y al arte.»<sup>52</sup>.

<sup>51</sup> *Persons and Places* Critical Edition p. 100.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 112.

Ávila representa, por tanto, para Santayana, la espiritualidad bien entendida, lo que él llama «*insight*» (sabiduría interior): la capacidad de discernimiento o sabiduría interior amables con su objeto, es decir solidarias, intelectualmente hablando, con la realidad. Esta es la última morada espiritual que Santayana nos propone en la que, según su interpretación,

«El Uno, El Bien, es el equivalente mítico a la armonía moral del espíritu; es el principio por el que las Ideas se desprendieron de los detalles de la experiencia y del flujo de los objetos y es una vez más el principio por el que se consagran, se iluminan y se tornan vías de júbilo.

La espiritualidad, entonces, consiste en entender la existencia como un simple medio para la contemplación, y la contemplación simplemente como un medio para el deleite...»<sup>53</sup>.

Una interpretación, como vemos, platónica, pero pasada por el tamiz de Epicuro que para Santayana era «far more spiritual than Moses» (mucho más espiritual que Moisés), en la que el deleite espiritual aparece como la sabia de la vida sobre la Tierra, el último estadio de perfección al que el hombre puede aspirar sensatamente, con posibilidades de alcanzarlo, sin perder en ello su esencial cordura, aquella que lo mantiene entre el mundo de la realidad y el de la imaginación, sin ahogarse, es decir, sin anularse en ninguno de los dos.

Es así como la idea de Ávila en Santayana, que comenzó fraguándose en la realidad más primigenia y original, de la que ya jamás renegaría –su existencia en Ávila–, que se formó a fuerza de elevarse sobre su propia realidad, sin despegar nunca, para observar y absorber, para contemplar y contener mejor su propia naturaleza, acaba produciendo su mejor efecto: la habitabilidad, la posibilidad de hacer feliz, o al menos deleitable, a la existencia. Ávila, dice Santayana,

«es un lugar donde he sentido el más profundo poder de armonías involuntarias, de accidentes, no felices en sí mismos, que se unen formando un sustrato para la felicidad, hablo de felicidad para un filósofo que puede vivir dichoso en el intelecto, entre la deliciosa esperanza y el rápido arruinamiento de todas las demás dichas.»<sup>54</sup>.

De este modo, Ávila, que no había sido el lugar de nacimiento de Santayana, que sólo fue lugar de residencia temporal esporádico y que no fue el lugar donde realmente acabó sus días, se convierte sin embargo, a través de la creación intelectual y literaria de su autor en el lugar por excelencia de Jorge Santayana, en los tres aspectos de origen, de posición y de destino, es decir de identidad, de referencia y de perfección posible. Es su lugar ideal.

<sup>53</sup> *Soliloquies* 1924 p. 228.

<sup>54</sup> *Persons and Places Critical Edition* p. 109.